UNA VENGANZA LEAL.

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON LAUREANO SANCHEZ GARAY

Y

D. CARLOS MARTINEZ NAVARRO.

Representada con aplauso en el teatro del Instituto español en la noche del 6 de Julio de 1853.

MADRID.

Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ. — *Travesía de la Parada, número 8, cuarto bajo.*

1854.

REPERTORIO DRAMATICO UNIVERSAL
EDITOR
DEL SEÑOR SANCHEZ GARAY

24

PERSONAJES.	ACTORES.
AMELIA.	Doña Antonia Segura.
HAMELIN, *capitan de la República*.	D. Antonio Mally.
EL CONDE BAUDELOT DE DERVAL.	D. Jose Sanchez Albarran.
ALBERTO.	D. N. Alcaraz.
MARTIN.	D. N. Estrellas.

Convidados de ambos sexos, oficiales y soldados de la República.

(10.)

Esta obra pertenece al Repertorio dramático universal, *el cual es propiedad de su editor D. Laureano Sanchez Garay, quien perseguirá ante la ley al que sin su autorizacion la reimprima, varie el título ó la represente en cualquier teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades formadas por acciones, ó sostenidas por suscricion de socios, con arreglo á lo prevenido en la ley de 10 de junio de 1847, y decretos orgánico y reglamentario de teatros de 7 de febrero de 1849.*

Serán considerados como reimpresos furtivamente los ejemplares que careciesen del sello del editor, y de una contraseña particular que llevarán los legítimos.

ACTO UNICO.

El teatro representa una sala baja. En el fondo dos puertas que dan á un gran salon. A la derecha en segundo término una puerta lateral. A la izquierda en primer término un sofá, y en segundo una ventana con reja. Mesa y sillones. Una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

BAUDELOT, HAMELIN, *aquel dormido sobre el sofá. Este entra por la derecha.*

HAM. Señor Conde!.. (*Pausa.*) No contesta... Soy yo, Hamelin... vuestro carcelero, ó mas bien, vuestro huésped... Está dormido... (*Aproximándose.*) Pobre jóven! cuán triste ha de ser su despertar! Dios me libre de apresurarle el fatal momento!.. Ay! la vida es un contínuo combate, y puede decirse que solo se vive durmiendo; Cómo! Amelia, (*Va á salir y se sorprende al ver á Amelia que entreabre la puerta derecha.*) vos aquí? qué buscais?

ESCENA II.

DICHOS, AMELIA, *con un ramillete en la mano.*

AMELIA. Yo!.. os andaba buscando, amigo mio. (*Turbada.*)

HAM. Ya... sí... (*Con intencion.*)

AMELIA. Temia que faltase alguna cosa al prisionero, y...

HAM. Yo me he anticipado á vuestros deseos... Hoy es el dia de nuestros esponsales, y quiero que se le trate con todo miramiento. Hubiera podido mandarle encerrar en una de las torres del castillo, pero la humanidad...

AMELIA. Sí, y la súplica que os hice. (*Sonriendo.*)

HAM. No diréis que la he desatendido. Ya lo veis; tiene por prision esta sala baja inmediata al gran salon, lo cual no dejará de causarnos alguna molestia, si nuestros convidados aceptan la invitacion. Pero ya sabeis que vuestros deseos son leyes para mí.

AMELIA. Sentiriais acaso ser generoso, ser humano con un desgraciado, con un vencido á quien vuestros soldados han conducido aquí? Porque ha sido vuestra compañía la que le ha hecho prisionero.

HAM. Asi es la verdad: ayer recibí aviso de que unos cuantos partidarios se habian refugiado en la quinta de Britetches; á pesar de lo sensible que me era separarme de vuestro lado, salí al frente de trescientos hombres... (*mirándole.*) Se ha movido?

AMELIA. No, no; continuad.

HAM. Cuando llegamos á la granja, se oia en su interior un ruido infernal. Estrepitosos juramentos, vocería y movimiento de armas nos hacian creer que era un regimiento el que ocupaba la casa; mi gente se adelantó, acometiendo á la puerta que cedió despues de algunos esfuerzos... pero en lugar de un regimiento nos encontramos á un gallardo y pacífico jóven que almorzaba tranquilamente... «A vuestra salud» nos dijo al entrar, «en la casa no hay nadie mas que yo; me habeis venci»do; fusiladme, estoy pronto.»—Y apuró una copa de vino.

AMELIA. Qué noble corazon! Y los otros?

HAM. Los otros, mujeres y niños en su mayor parte, se habian escapado, mientras él cubria su retirada.

AMELIA. Pero los que cerraron la puerta...

HAM. Si no habia mas que él en la quinta, que despues de haber voceado como cincuenta y trabajado como otros tantos, rendido de fatiga, se habia sentado á la mesa aguardándonos.

AMELIA. Pobre jóven!

HAM. Admirados de su valor, decidimos que el comité de salud pública fallase su causa; por eso le hemos conducido al castillo, donde aguardo la órden de... pero estás agitada...

AMELIA. Sí; vuestra relacion me ha conmovido. Y no sabeis lo que decidirá el comité?

HAM. Desgraciado! (*Con tristeza.*)

AMELIA. Oh! eso sería horroroso! tan jóven, tan valiente! (*Acercándose á Baudelot.*) Pero, qué veo! No es el Conde Derval!

HAM. Lo conoceis?

AMELIA. Sí; le he visto una ó dos veces al frente de su regimiento.

HAM. Cuándo?

AMELIA. Hace ya mucho tiempo... La última vez fué en la revista que pasó mi padre.

HAM. Amelia, que este incidente no turbe nuestra felicidad... quiero decir, la mia... porque en breve tendré la dicha de que seais mi esposa... Vos, la noble heredera de los Mailly, vais á enlazaros conmigo el capitan Hamelin, con el hijo de un aldeano, de un hombre del pueblo, con un soldado de la república.

AMELIA. Pero sois un hombre honrado, amigo mio.

HAM. Teneis razon; habia (*Sonriendo.*) olvidado mi honradez, que es la única nobleza del dia... nobleza de villanos, como decís vosotros los grandes señores.—Pero nuestros convidados aguardan.

AMELIA. Vamos. (*Pensativa deja caer el ramillete.*)

HAM. Muy turbada estais... (*Viéndole caer.*)

AMELIA. Yo!.. (*Con estrañeza.*)

HAM. Sí; mirad vuestro ramillete... (*Lo levanta.*) se os olvidaba.

AMELIA. Qué! traia ramillete? (*Distraida.*)

HAM. Tuve el placer de ofrecéroslo esta mañana. (*Con galantería.*)

AMELIA. Ah! sí (Desgraciado.) (*Lo toma.*)

724491

ESCENA III.

BAUDELOT, *con las manos atadas á la espalda, y despertando.*

Quién?.. ah! no es nadie; me habia dormido... Cáspita! dicen que la providencia no ha criado nada en valde, y yo quisiera que alguien me dijese para qué habia criado las moscas... Canario! (*Como hablando con una mosca.*) Mosca importuna, ea! marchaos, y dejadme dormir.—(*Cierra los ojos.—Pausa.*) Todavía? esto es inícuo! Ignoras, que mañana me han de fusilar en Nantes, y que si no me dejas dormir, estaré pálido como un criminal? (*Se levanta persiguiendo á la mosca, y llega junto á la ventana.*) Eres una mosca muy mal educada.—Hola! una jóven vestida de blanco: cuán linda es! Mira hácia este lado: qué pálida está! sabrá que hay un prisionero.—Dios os guarde, señorita. (*Saluda.*) Os doy gracias por la compasion que manifestais al pobre vencido. (*Se dirige lentamente á la derecha.*) Amigo, esto es insufrible.—Hola! no hay nadie? (*Llamando.*)

ESCENA IV.

BAUDELOT, HAMELIN.

HAM. Llamabais, señor Conde?

BAUD. Ah! sois vos, mi querido Hamelin? Ay, amigo mio! no sabeis cuál es la mayor desgracia que le puede suceder á un hombre?

HAM. No comprendo... (*Confuso.*)

BAUD. Hamelin, honrado Hamelin, el hombre mas desgraciado es el que vé su inocente nariz atormentada por una mosca insolente que no puede matar; y yo soy ese hombre. En nombre de la filantropia, os pido que me dejeis libre una mano, una sola, aunque sea la izquierda

HAM. Ambas, señor Conde, pues no creo que trateis de escaparos.

BAUD. Os lo juro por la fé de cristiano. Esceptuando el caso de que se me ponga en libertad.

HAM. Teneis esperanza?.. (*Le desata.*)

BAUD. Por qué no esperar? La esperanza es un placer del que haria muy mal en privarme; es un capricho que nada le cuesta al hombre satisfacer; es el último lujo que me concedo, un modo de matar el tiempo como otro cualquiera.—Ya estoy desembarazado. Gracias, capitan. Me habeis prestado un servicio al que os viviré eternamente reconocido.—Hasta mañana.

HAM. (*Con indecision.*) Podeis contar conmigo si teneis que arreglar alguna última disposicion.

BAUD. Mi testamento!.. (*Conmovido.*) Fatal palabra, no porque me anuncia la muerte, sino porque me recuerda la de todo los mios. Cuán dulce debe ser manifestarse generoso aun mas allá de la tumba, si al escribir nuestros últimos beneficios pensásemos con placer en las lágrimas de reconocimiento con que regarán nuestra losa funeraria... Yo no tengo á nadie á quien dejar lo poco que me queda. Pero no quiero morir abintestato; quiero dar esta sortija al amigo generoso que me ha permitido conservar sana y salva la nariz que me legaron mis antepasados. (*Le da la sortija.*)

HAM. (Su alegría me hace mal.) Se os ofrece algo mas?

BAUD. Sí, quiero comer. En este momento, si tuviese un hermano segundo, le vendería mi derecho de primogenitura por... una pechuga de perdiz ó una pata de pavo.—Nunca me han gustado las lentejas.

HAM. Cabalmente hoy se celebran mis esponsales, y espero que la comida será digna de vos. (*Llama con campanilla y sale un criado.*) La comida del señor Conde.

BAUD. Os casais?

HAM. Esta noche se firman los contratos; y dentro de ocho dias se efectuará la boda.

BAUD. Asi pues, esa jóven vestida de blanco, que he visto desde mi ventana...

HAM. Es mi prometida.

BAUD. Es encantadora, y digna de un valiente como vos. Sed feliz, y gracias por vuestras bondades.—Ah! Capitan... (*Martin entra por la derecha con un plato que coloca en la mesa del fondo.*)

HAM. Qué mandais?

BAUD. Es costumbre regalar algo á la desposada; tened la bondad de ofrecerla en mi nombre esta flor que ha nacido en mi ventana; es lo único que poseo. Decidla que el

Conde Baudelot siente no poderla ofrecer mejor presente.

HAM. Os doy las gracias en su nombre, señor Conde.—Martin, os recomiendo las mayores atenciones. (*Vase, derecha.*)

ESCENA V.

BAUDELOT, MARTIN.

BAUD. Quién está ahí?

MARTIN. Soy yo, señor: el mayordomo del castillo que os traigo la comida. (*Arrima el velador á la silla derecha.*)

BAUD. Ah! sí, Dios te guarde! consiento en morir, pero no de hambre.—Cómo te llamas? (*Sentándose.*)

MARTIN. Yo?.. segun y cómo...

BAUD. No comprendo...

MARTIN. Yo os diré; en mi pais me llaman Cásius, pero mi verdadero nombre es Martin.

BAUD. Cásius!.. bonito nombre por cierto; verdad es que Martin tampoco es feo, pero Cásius tiene un olor á antigüedad que trasciende... y qué haces?

MARTIN. Soy mayordomo; y ademas... (*Con cortedad.*) Miembro del consejo municipal.

BAUD. Hola! hola! sabes, ciudadano Cásius, que cres un ambicioso? de esa manera aglomeras sobre tu persona todos los cargos de la república? Ciudadano Cásius...

MARTIN. Señor Conde, si quisiérais llamarme Martin?..

BAUD. Por qué?

MARTIN. Porque sentiria que vos, que seguis el buen camino, pensáseis que yo...

BAUD. Cómo? acaso tu vocacion republicana...

MARTIN. Señor Conde, voy á confiarme á vos. Yo he luchado con todas mis fuerzas contra el torrente de las nuevas ideas; pero ha sido en vano; el torrente me ha arrastrado. Un dia vino á ~~hacer~~ una visita al castillo, uno de los que desde allá trastornaban todo lo de acá. Este hombre era Robespierre. Pues bien, tan luego como llegó, se puso á hablar de la soberanía del pueblo, de los derechos del hombre, y de qué se yo cuantas zarandajas; yo hice oidos de mercader, porque no entendia semejante jerigonza.

BAUD. Lo mismo les sucede á todos; nadie entiende á esos profetas de felicidades, y ni aun ellos saben lo que predican.

MARTIN. Un dia me dijo: «Cásius, durante mi permanencia en el castillo, te confio el cuidado de mi persona; procura que mis camisas estén bien almidonadas, y empieza tu tarea arreglándome el pelo.»—Ay señor Conde, al ver que se ponia chalecos bordados, y polvos en la cabeza, dije para mi capote: «hombre que gasta polvos no puede ser malo,» por consiguiente desde aquel dia me dejé seducir, respondí al nombre de Cásius, y me hicieron municipal.

BAUD. Asi pues, tengo el honor de ser servido por una autoridad republicana, gracias á la empolvada peluca del ciudadano Robespierre? Me doy la enhorabuena.

MARTIN. Cómo, señor; no os causo horror, á vos, que no habeis abandonado la buena causa?

BAUD. Nada de eso, quién es el que repara en estos tiempos?.. y para probártelo, quiero beber contigo.

MARTIN. Pero...

BAUD. Toma un vaso.

MARTIN. Señor ..

BAUD. Ciudadano Cásius, y la libertad?

MARTIN. Si yo...

BAUD. Ciudadano Cásius, y la igualdad?

MARTIN. Pero es que...

BAUD Ciudadano Cásius, y la fraternidad?

MARTIN. Sucumbo, señor; pero no mas Cásius.

BAUD. Gracias á Dios!—A la salud del honrado Martin, víctima de los engaños, y de la peluca empolvada de Robespierre. (*Bebe.*)

MARTIÑ. Y yo á la salud del Conde Baudelot de Derval, que me ha llamado por el nombre de cristiano... A su salud, y viva el rey!.. (*En voz baja y bebe.*)

BAUD. Viva el rey. (*Levantándose; se oye música.*) Qué es eso? hay algun baile?

MARTIN. Sí señor, baile de bodas: mi ama no queria que lo hubiera por no incomodaros.

BAUD. Un baile! y yo lo ignoraba.—Martin, dí á tu señora que el Conde Derval pide permiso... ó sino, no la digas nada; llama á mi huésped, dile que su prisionero se fastidia, que el ruido de su baile le impedirá dormir; y

que es un acto de humanidad el distraer á un jóven de las tristes ideas de su última noche.

MARTIN. Pero señor, quereis bailar cuando mañana...

BAUD. Y qué tiene eso de estraño?.. Sí, quiero bailar; porque un baile es la delicia de la vida; en él se habla á las mujeres, se las estrecha en nuestros brazos, sentimos latir su corazon junto al nuestro; y en fin el ambiente perfumado que exhalan sus cabellos vienen á embalsamar nuestra respiracion. Dí al capitan que cuente con mi palabra; que si teme que me escape, que bailaré entre dos gendarmes, pero que quiero bailar á toda costa.

MARTIN. Voy al instante. (*Se vá, y vuelve á la voz del Conde.*)

BAUD. Martin! si me traes una mala nueva, te llamaré... Cásius... Adios. (*Vase Martin.*)

ESCENA VI.

BAUDELOT, *alegre y animado.*

No puedo menos de confesar que soy un mortal feliz. Otros hubieran sido fusilados en la plaza, ó se les habria encerrado en un calabozo... Un calabozo! tal mansion es solo buena para los malhechores... A un Conde le corresponde un salon.—Cadenas, para qué? Pero el Conde se fastidiaba, y era preciso buscarle una distraccion, y hé aquí que la suerte propicia se la depara. En la pieza inmediata hay un baile... pero cuánto tarda Martin!

ESCENA VII.

BAUDELOT, MARTIN.

BAUD. Y bien?

MARTIN. Está hecho.

BAUD. Consiente el capitan?

MARTIN. Con mil amores.

BAUD. Es lo que se llama un hombre honrado. Lástima que tambien hayan influido en sus ideas los polvos de Robespierre! pero no perdamos el tiempo; prepárame todo lo necesario para presentarme como es debido, camisa, polvos; en fin, necesito ponerme elegante.

ESCENA VIII.

DICHOS, ALBERTO.

ALBER. El cielo os guarde, señor Conde: no olvidais algo de vuestro tocado?

BAUD. Qué, caballero?

ALBER. Esto. (*Presentándole una espada*)

BAUD. Ah! mi espada. Gracias, caballero.—Quién es este jóven? (*Bajo á Martin.*)

MARTIN. Un primo de la desposada, que la adora.

BAUD. Oiga! vamos, está visto que el parentesco de los primos es harto peligroso. (*Con maliciosa sonrisa.*)

ALBER. El capitan Hamelin me ha encargado que os entregue esta espada, bajo la condicion...

BAUD. De que no haga uso de ella?..

ALBER. Justamente. (*Varios criados entran con banquetas, ramos de flores, luces etc.*)

BAUD. Convenido: Caballero, desearía que durante el baile os pusieseis con vuestra pareja enfrente de mí.

ALBER. Con que pensais bailar?

BAUD. Sin perder ni un wals. (*Vase seguido de Martin.*)

ALBER. Mucho le debe gustar el baile, cuando en tal noche tiene gana de funcion. (*A los criados.*) Vamos, pronto, vosotros.—Pobre muchacho! (*Los criados ejecutan sus órdenes, y se llevan el velador.*) Confieso que no me gustaría que me fusilasen estando cansado. Ya está todo? Muy bien: abrid las puertas. (*Abren las del fondo.*) (*Se ve el salon lleno de gente, escuchándose la música, y el bullicio del baile.*)

ESCENA IX.

ALBERTO, AMELIA, *convidados de ambos sexos: la mayor parte de los hombres vestirán el traje de oficiales republicanos.* *Despues* HAMELIN.

AMELIA. Os ha dicho que vendrá? (*A Alberto.*)

ALBER. Sí; y me ha rogado que me coloque á su frente para bailar. En este momento se está vistiendo. (*Amelia se sienta pensativa.—Alberto se coloca á su espalda; la*

música continúa: los convidados se muestran tristes y pensativos, y nadie baila. Entra Hamelin.)

HAM. Cómo es esto? Todo el mundo está triste y cabizbajo? ya comprendo! os entristece la idea de que entre nosotros hay un jóven, un valiente, que dejará de existir dentro de pocas horas?... teneis razon!... Pero qué le hemos de hacer? Es militar, y el militar valiente no debe pensar en lo que le podrá acontecer mañana... Asi pues, no le atormentemos con nuestra tristeza; á bailar, señores, á bailar. Vamos, Alberto, rompe el baile.

ALBER. Estoy cansado.

HAM. Poco complaciente te encuentro. Ya veo que será preciso que dé yo el ejemplo.—Amelia, si os dignais?...

AMELIA. No me siento buena. (Cuánto dura esta fiesta; esto es un suplicio mas bien que un sarao.)

(*Alberto y Amelia forman un grupo silencioso á la derecha.—Hamelin y los convidados forman á la izquierda otro grupo triste y melancólico. Al anunciar al Conde, todos se vuelven por un movimiento de sorpresa y curiosidad. Las señoras se levantan.*)

MARTIN. El señor conde de Baudelot de Derval.

ESCENA X.

DICHOS BAUDELOT *con trage militar del tiempo de Luis XVI, muy elegante.*

BAUD. Gracias, mi querido huesped, por el buen rato que me proporcionais.—Y gracias á vos, señora, (*A Amelia.*) que habeis accedido á mis deseos... pero vuestra bondad me hace exigente, insaciable, porque todavia espero de vos un favor, sin el que ningun valor tendrian los otros.

AMELIA. Y cuál es ese favor, caballero? (*Con emocion.*)

BAUD. Que me concedais el primer wals.

AMELIA. Caballero!..

BAUD. Capitan, no tengais celos de los galanteos de un hombre que casi ya no pertenece á este mundo; y unid vuestros ruegos á los mios.

HAM. Amelia, creo que no desecharcis la súplica del señor Conde.

AMELIA. Hace un momento que rehusé bailar con vos, amigo mio.

BAUD. El capitan, señorita, no se mostrará celoso de una felicidad que tiene sobrado tiempo de disfrutar...

AMELIA. (Oh! esto es horroroso!)

BAUD. Señores, qué fiesta mas glacial!... Cualquiera pensaria que asistimos á un entierro. Es preciso que esto se anime... (*A Amelia.*) Me habeis prometido bailar, conque es necesario que nosotros demos la señal... Ea, señores, seguidme, que se pierde el tiempo. (*Vánse, fondo.*)

ESCENA XI.

HAMELIN, ALBERTO.

HAM. Qué bello carácter! Cualquiera diria que la felicidad vá en pos de él...

ALBER. Eso es magnífico, sublime!.. sobre todo, cuando se reflexiona que el rey de la fiesta dentro de poco... Qué hora es?

HAM. Las dos.

ALBER. Habeis hecho mal; yo no le hubiera invitado.

HAM. He debido acceder á sus súplicas.

ALBER. No le veis con mi prima? (*Desde el fondo.*)

HAM. Sí.

ALBER. Qué hermosa pareja! Mirad (*Con intencion.*) cómo enlaza su brazo al flexible talle de vuestra prometida! Cuán feliz debe ser!

HAM. Feliz!.. feliz por bailar con (*Turbado.*) una mujer hermosa!.. cuando mañana por la mañana... pero qué diablo! quereis que esté celoso?

ALBER. Yo?

HAM. Dejad esas tonterías. Sus palabras me han herido el corazon.)

ALBER. Aquí vuelven.

ESCENA XII.

DICHOS, AMELIA, BAUDELOT, *convidados.*

BAUD. Capitan, no puedo menos de daros las gracias por haberme recibido en vuestra soci edad; me habeis propor-

cionado un rato delicioso... os quiero de corazon. Pero qué es lo que digo? El conde de Baudelot amar al hombre mas republicano del Canton! Al diablo vuestras ideas que levantan una barrera entre nosotros.

HAM. Mal haya sean las vuestras...

BAUD. Alto ahí, capitan: sostengo que mi causa... já! já! já!.. pero (*Riendo.*) estamos hablando de política... qué pensarán estas señoras?—La señorita de Mailly me permitirá la última contradanza?..

AMELIA. Señor Conde!..

BAUD. Si rehusais, pensaré que tratais de vengaros de mis impertinencias...

AMELIA. Dentro de un rato, al menos...

BAUD. Dentro de un rato será ya tarde. (*Bajo.*)

AMELIA. Qué decís.

BAUD. Que pronto vá á amanecer.
(*Hamelin y Alberto se confunden entre los grupos del salon.*)

AMELIA. Acepto, caballero, acepto.

BAUD. Cuán buena sois para mi!.. Pero qué teneis, señora?

AMELIA. No habeis dicho que pronto (*Con angustia.*) amanecerá?

BAUD. Y bien: qué nos importa el dia? Las noches como esta debieran ser eternas. Ah! si asi sucediese, los hombres serian demasiado felices.

AMELIA. Señor Conde, es preciso partir. (*Con emocion.*)

BAUD. Partir! por qué? El baile no se ha concluido todavia.

AMELIA. Os digo que es preciso que huyais; yo lo quiero... Oh! no, yo os lo suplico.

BAUD. Señora, lo siento mucho; pero sin duda habeis olvidado que está empeñada mi palabra de honor, y que debo morir.

AMELIA. Morir!.. oh! no, eso no puede ser: decidme por Dios, Conde, que os chanceais.

BAUD. Ay! Señora, por desgracia es demasiado cierto.

AMELIA. Pero esto es horroroso.

BAUD. Teneis razon, nada tiene de halagüeño, al menos para mí que desempeño el principal papel en ese sangriento drama; pero qué le hemos de hacer? nuestra causa ha sucumbido, asi, qué importa el morir hoy ó mañana?

AMELIA. Oh! no digais eso, por Dios; y vuestra madre? pensad en vuestra madre!

BAUD. La he perdido! (*Con sentimiento.*)

AMELIA. Y vuestros parientes? vuestros amigos?

BAUD. Dentro de algunas horas me habré reunido con ellos.

AMELIA. Tan solo estais?

BAUD. Tan solo! La revolucion ha llevado en su raudo torbellino cuanto amaba en el mundo. Nada me queda ya en él.

AMELIA. Pero una mujer? no teneis una mujer que os ame?

BAUD. Ay! no, señora!

AMELIA. Es imposible!

BAUD. Pero es la verdad; sin embargo, vos podeis hacer mi muerte dulce y tranquila.

AMELIA. Cómo? (*Con emocion.*)

BAUD. De todos cuantos me rodean, (*Con ternura.*) vos sola me habeis mostrado interés; permitidme que lleve á la tumba un recuerdo del ángel que ha venido á endulzar mis últimos momentos.

AMELIA. Un recuerdo? (*Muy turbada.*)

BAUD. Sí; un recuerdo cualquiera, aunque sea una flor de ese ramillete.

(*Amelia saca lentamente de su seno la flor que el Conde la ha enviado, y se la dá volviendo la cabeza.*)

AMELIA. Tomad.

BAUD. La flor que os envié! Oh! gracias, (*Besa la flor.*) gracias; esto es mas de lo que yo esperaba.—Alguien se acerca. (*Pasa á la derecha.*)

HAM. Y bien, Amelia, os habeis retirado del baile; os estaba buscando.

AMELIA. Qué me quereis, amigo mio?

HAM. El notario acaba de llegar.

AMELIA. (Cielos!)

BAUD. (Lo habia olvidado!)

HAM. Solamente faltais vos para firmar el contrato

AMELIA. Dios mio! (*Dá algunos pasos vacilante.*)

HAM. Amelia, qué teneis?

ALBER. Prima!

AMELIA. Nada; no tengo nada...

BAUD. (*Se dirige á Amelia, pero Hamelin le detiene con una mirada y sale llevándose á la jóven.*) Señora...

ALBER. (Es estraño... en el momento de firmar el contrato; y me parece que el Conde se halla tan conmovido como ella...)

HAM. Gracias, amigos mios; (*A los convidados en el salon del*

fondo.) gracias. La señorita Mailly acaba de retirarse á su cuarto.—El baile no puede continuar sin ella.—Adios, señores.

BAUD. Capitan, acaso... (*Yendo vivamente hácia Hamelin.*)

HAM. Buenas noches, señor Conde. (*Con sequedad, y cierra el fondo.*)

BAUD. Buenas noches, Capitan.

ESCENA XIII.

BAUDELOT. (*Despues de una pausa.*)

Nada; todos se alejan! (*Dan las tres.*) Las tres! La hora de las canciones y de las citas amorosas... Ah!... señor Conde, ya estais otra vez solo... solo con vuestros pensamientos... Vamos, reflexionad como un hombre que no vá á volver á pecar. Toda falta reclama una penitencia, y os queda muy poco tiempo para arrepentiros. (*Trata de dormir.*) Hace un momento ella estaba aquí... á mi lado, y ahora... solo, enteramente solo... en fin... (*Pausa.*) tengo una agitacion terrible; ayer nada echaba de menos, dormia profundamente; y hoy busco á mi alrededor... hasta la mosca que tanto me molestaba; compañía enfadosa por cierto; pero en fin, era una compañía... Mucho tardan en venir por mí. Es una falta de atencion el hacerme esperar: vá á amanecer, y nadie viene... me habrán olvidado? (*Escuchando.*) Parece que abren una puerta. Dios sea loado!—Venís por mi? estoy dispuesto á seguiros; la muerte me encontrará sereno. Cielos! qué veo?

ESCENA XIV.

BAUDELOT, AMELIA.

AMELIA. Señor Conde, huid!

BAUD. Huir cuando estais á mi lado!

AMELIA. No me mireis: no me digais una sola palabra; huid!

BAUD. Pero habeis olvidado...

AMELIA. Escuchadme, y no perdamos el tiempo. Hace un mo-

mento Hamelin se ha separado de mi lado, he preguntado dónde iba... y me ha respondido que á dar algunas órdenes; oís? órdenes... habló de un coche, caballos, Nántes.—Entonces no quise oir mas... Hé aquí la llave de la verja; ni una palabra... marchad; yo os lo suplico, os lo ordeno.

BAUD. Amelia, eso es imposible.

AMELIA. Por qué?

BAUD. El Capitan me ha devuelto mi espada, y tiene mi palabra de honor... es imposible.

AMELIA. Dios mio! (*Cerrando el cerrojo.*)

BAUD. Qué haceis?

AMELIA. Vendrán á mataros.

BAUD. No es tan grande mi desdicha como creeis; acabo de pasar la noche mas feliz de mi vida. He sido muy desgraciado; pero hoy le doy las gracias al cielo que ha hecho tan dulce el fin de una vida tan amarga.

AMELIA. Decís que sois feliz?

BAUD. Sí, Amelia, muy dichoso; pues aunque os he visto pocas horas, han sido lo bastante para amaros.

AMELIA. Conde!..

BAUD. Oh! ahora os lo puedo decir, y vos lo podeis escuchar sin que el rubor manche el terso marfil de vuestras mejillas: este amor no tiene nada de vergonzoso para vos, porque la tumba guardará en breve este secreto: bastante ha sido para mí el poderos abrir mi corazon; no esperaba tanto! Amelia, gracias; gracias por la ventura que me habeis dado.—Llorais!.. Oh!.. señora, esa es demasiada compasion!

AMELIA. Compasion decís!..

BAUD. Pues qué?

AMELIA. Oh! no os ocupeis de mí; no penseis mas que en vos... por última vez... marchaos...

BAUD. Pero, señora...

AMELIA. Mi resolucion está tomada; mi reputacion, mi honor, estan en vuestras manos; á vos os toca decidir.

BAUD. Amelia, por favor!..

AMELIA. Ah! no teneis piedad de mi dolor!.. Qué os detiene?.. El honor, no es verdad? Temeis que digan que el Conde Derval tuvo miedo á la muerte, y por eso huyó, no es así?.. pues bien; no se dirá que el temor de la muerte os hizo huir, sino el amor... yo huyo con vos!

BAUD. Cómo! será cierto?

AMELIA. Queriais la muerte, porque no teniais amigos ni parientes, porque estais solo en la tierra; pues bien, ahora no estais solo, somos dos... porque yo os amo!

BAUD. Vos!

AMELIA. Ahora marcharemos, no es cierto?.. porque os vuelvo á repetir que os amo. (*Llaman á la puerta.*) Cielos!

HAM. Señor Conde! (*Dentro.*)

AMELIA. Ah! Hamelin!

BAUD. Silencio!

HAM. Señor Conde! (*Dentro.*)

BAUD. Capitan, soy con vos. (*Despues que se vá por la puerta de la izquierda, abre Baudelot la otra.*) Allí, allí, ocultaos pronto.

ESCENA XV.

BAUDELOT, HAMELIN.

BAUD. Os suplico me dispenseis que os haya hecho esperar; empezaba á dormirme.—Capitan, estoy dispuesto á seguiros.

HAM. Todavia no es hora.

BAUD. Pues qué causa es la que os trae...

HAM. Un asunto de interés; vengo á pediros un consejo.

BAUD. A mí?

HAM. Sí: nuestros convidados se han marchado; Amelia duerme; mil estraños pensamientos surgian por mi mente, y como os presumia tan desvelado como yo, me he tomado la libertad de venir á hablar á vos: si os molesto...

BAUD. Oh! nada de eso; y os doy mi parabien por vuestro brillante baile, querido Capitan.

HAM. Sois muy amable, señor Conde; pero debo advertiros que no vengo á hablar de mi baile, sino de la señorita Mailly, de mi prometida.

BAUD. Ah!

HAM. Sí; me han asaltado, dudas... temores...

BAUD. La señorita de Mailly...

HAM. Que descansa en este momento. (*Con intencion.*) No, no; yo no puedo dudar de ella, sino de mí.

BAUD. De vos?

HAM. Me esplicaré.—Yo, señor Conde, soy hijo de un pobre labrador; y aunque la guerra y la revolucion me han hecho capitan, no por eso me he despojado de mi ruda corteza de campesino tosco y grosero. En una palabra, mi nacimiento es humilde. Ahora bien, este mismo Hamelin, que va á casarse con la heredera de los Mailly, con una condesa, con un ángel...

BAUD. Hablais de ella con pasion, capitan.

HAM. No, con amistad.—(*Con violencia.*) Solo siento hácia ella un cariño de padre, y nada mas. Nada deseo mas que verla dichosa; pero confieso que es muy posible que yo no logre mi objeto.

BAUD. Esa duda os honra sobremanera; pero creo que la llevais á un estremo: la señorita de Mailly sabrá apreciar vuestra nobleza y vuestra generosidad... su cariño...

HAM. Habeis pronunciado la palabra su cariño... creeis vos que esto basta para hacer la felicidad?

BAUD. Esa pregunta, capitan, prueba cuánto la amais.

HAM. No, Conde: si conociéseis la historia de ese amor, no diriais eso. El Conde de Mailly salvó en otro tiempo la vida á mi padre; vino la revolucion, y pude pagar esta deuda. Gracias á mí, el Conde pudo emigrar. Gracias á mí, los bienes de la señorita de Mailly fueron respetados. Algun tiempo despues, la proscripcion podia alcanzarla, y resolví darla mi mano representando el papel de amante. Pero asi como en mí no hay nada que no sea paternal, del mismo modo en ella no hay nada tampoco que no sea filial. Y creo firmemente que casándome con ella cometería una torpeza sin conseguir mi objeto.

BAUD. He conocido muchas personas honradas durante mi vida, caballero; pero entre ellas no habia ninguna que pudiera igualaros: tanta abnegacion...

HAM. Basta, caballero: no he venido aquí en busca de elogios, sino de un consejo que nadie mejor que vos me lo puede dar.

BAUD. Yo?..

HAM. (*Dominándose.*) Vos, sí... esta noche habeis hablado con ella largo tiempo, y tal vez habreis podido descubrir sus verdaderos sentimientos.—Qué respondeis?

BAUD. Vuestra franqueza me obliga, capitan, y creo que debo

deciros que me parece que no poseeis el corazon de la señorita de Mailly.

HAM. Ah! con que pensais... (*Reprimiéndose.*)

BAUD. En lo poco que hemos hablado, he podido notar el aprecio, el reconocimiento que os tiene; pero no he visto el fuego, el entusiasmo que inspira una pasion. Creo, salvo mejor parecer, que Amelia os quiere tambien filialmente.

HAM. Es claro; como yo á ella! ya veis que tenia razon. Pero no es esto todo; á falta mia quiero encontrarla un apoyo; pero los marido dignos de ella son muy raros en el dia.—Señor Conde, francamente, no os ha dicho Amelia nada mas?

BAUD. A mí? qué me habia de decir? (*Turbado.*)

HAM. Qué?.. que os amaba, por ejemplo.

BAUD. Qué decís! á mí?

HAM. Sí, á vos; y digo que os ama, puesto que está aquí. (*Movimiento de Baudelot.*) No os pediré cuenta de vuestra felicidad y de mi desdicha; esas satisfacciones las piden solo los amantes; y yo, ya os he dicho que no lo soy; y podeis creerlo cuando veis que sabiendo que estaba aquí, he podido hablaros sin cólera. La reparacion que vengo á pediros es la que corresponde á un padre.—Estais pronto á casaros con Amelia, señor Conde?

BAUD. Podeis dudarlo, capitan? (*Con nobleza.*)

HAM. Gracias; siempre lo esperé de vos.—Amelia, Amelia, hija mia! (*Yendo al gabinete.*) venid; á nadie teneis que temer: estais entre vuestro padre y vuestro esposo! (*Amelia sale confundida*) No os ruboriceis; la eleccion es digna de vos, y solo tengo que pediros perdon por mis pretensiones un poco ambiciosas; pero ya lo habeis oido, solo vuestra dicha me guiaba; sed feliz! Perdonadme... lloro... pero son las lágrimas de un padre que se separa de una hija querida. Vamos, señor Conde; el castillo de Mailly no dista mas que dos horas; tomad la mano de mi... de vuestra prometida; y Dios vele por vosotros!

AMELIA. Ah! amigo mio! (*Estrechando su mano.*)

HAM. Porque vos le amais, no es cierto?

AMELIA. Oh! sí, le amo!

HAM. Adios; acordaos de mí alguna vez.—Una silla y caballos

de posta os aguardan... marchad, y hacedla feliz, señor Conde.—Marchad.

BAUD. Un momento, capitan. No deben fusilarme?

HAM. He procurado por todo cuanto atañe á la felicidad de mi hija. He pedido vuestro perdon como un favor personal, y se me há concedido, pero...

AMELIA. Cuán bueno sois, amigo mio!

BAUD. Capitan, vos me reconciliais con la república.—Vamos... (*A Amelia.*)

(*Van á salir y aparece en la puerta del fondo un oficial con soldados.*)

HAM. Es demasiado tarde! (*Con desesperacion.*)

AMELIA. Dios mio! Dios mio! (*Cae en una silla.*)

BAUD. Me habiais engañado?

HAM. Os salvaba!

BAUD. Y os perdiais vos?

HAM. Y qué me importa?

BAUD. Ah! Capitan, esa es demasiada generosidad. El cielo viene á impedir vuestro sacrificio.—Adios! Adios! Amelia, esta noche no ha sido para mí mas que un bello sueño.—Capitan, sed su esposo pues la mereceis mejor que yo, y acordaos tanto de mí, aquí abajo, como yo de vosotros allá arriba. (*Los abraza, y dice al oficial.*) Cuando gusteis, caballero.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, MARTIN, *precipitado.*

MARTIN. Señor Conde, señor Conde.

BAUD. Qué quieres?

MARTIN. Albricias, ya no sereis fusilado.

AMELIA. Será cierto?

BAUD. Has perdido la cabeza?

MARTIN. No, pero he salvado la vuestra.

HAM. De veras? (*Con alegría.*)

MARTIN. Leed. (*Le da un papel.*)

HAM. Es cierto, un cange. (*Despues de leer.*) Oh cielo! protege siempre á los buenos.—Ciudadano, lee. (*Al oficial.*)

AMELIA. Oh! buen Martin!

MARTIN. Señor Conde, espero que en adelante no me llamareis Cásius.

HAM. Hasta que el cange se verifique, yo salgo fiador del Conde. (*El oficial saluda y se va.*)

BAUD. Hermoso ha sido para mí el dia de hoy, capitan; encuentro la libertad, la vida, y la dicha del corazon! Pero vos?

HAM. A mí, señor Conde, me queda el placer de saborear mi venganza.

BAUD. Venganza noble y generosa.

HAM. Es la venganza de un hijo del pueblo, de un ciudadano que cumple con un deber sagrado, paga una deuda de honor... y se encuentra en los brazos de unos amigos, de unos hijos... no es verdad?

BAUD. Sí, capitan; amigos de todo corazon. (*Se abrazan.*)

HAM. Conde! Amelia! soy feliz; sí, hijos mios; nada falta á mi dicha... Me engañé... (*Se dirige al público.*)

Que si perdí de mi amor
la venturosa esperanza,
mitigará mi dolor
ver que aplaudes mi venganza.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Madrid 28 *de Junio de* 1852.

MELCHOR ORDOÑEZ.